

NOTAS SEVILLANAS

EL PUESTO DE HIGOS CHUMBOS

POR JOSE BRUNO

SARVAORITO es hombre que comprende la vida. Ya que se afanan tanto su padre, de capataz en un taller; su madre, en una fábrica de hilados, y sus cuatro hermanas, de flequeras en calle Pajaritos, justo es que alguien de la casa descanse, y que ese sea Sarvaorito el pintorero. ¿No trabajan sus cuatro hermanas y sus dos progenitores, que son seis? Pues, como Dios, el séptimo, descansó.

A costa de lo que gana la familia luce el niño ternos tan lujosos, que parece un *grupié*; botas punteadas tan buenas, que crujen..., y, sobre todo, una colección de camisas que son la expectación del barrio; Sarvaorito es el hombre feliz que tiene una docena de camisas.

Hoy estrena un sombrero de paja. ¡El segundo de la temporada! Y todo el barrio de Puerta de la Carne sabe que Sarvaorito lleva ya este verano dos sombreros y que el usado se lo ha cedido a su padre...

La tarde está buena: treinta y nueve grados, por figuración, porque el mercurio se encaramó arriba del termómetro a eso de las doce, y a las tres rompió a hervir y se evaporó... La tarde está para pavonearse con un sombrero nuevo y compararse del mundo.

Allá, en el paseo de Catalina de Rivera, el puesto de higos chumbos es, lo que se dice, un verdadero oasis, y allá va nuestro hombre quitándose el *paja* y pasándole el bordado pañuelo. En el puesto, los verdes y rociados higos se ordenan meticulosamente en ringlas artísticas. Cueigan las tallas, que rezuman un agua fina, fresca, como la que derraman los canjilones de una noria. Macetas de albahacas muestran sus grandes bolas orondas, salpicadas de gotas cristalinas; en el piso regado se ordenan los veladores toscos, y en una mesita luce un

mantel de blancura impecable y brillan pulcros platos de loza trianera que guardan los higos mondados y dulcísimos...

Desde aquí da gusto ver pasar a las mocitas que regresan de sus talleres, y Sarvaorito se sienta a mirarlas y a que ellas le vean a él con su sombrero flamante, siete pesetas y las iniciales S. P. clavadas en el borde de la badana interior, y un escarbidentes nuevo en la ancha cinta negra.

—¡Frescos, de Jeré...!—pregona, a gran voz, el amo del puesto—. ¡Frescos y gordo...!
Cruzan Mersedita, Manolita y Benita, tres cha-

